

Accésit

David Villar Cembellín

El coloquio de los huesos

*«El pasado no existe,
ni siquiera es pasado»*

William Faulkner



Los huesos hablan. Como las conchas marinas, si apoyas tu oreja contra ellos, cuentan historias de vida y muerte, relatos de guerra y olvido. Estamos en la fosa de Colmenar Viejo, donde se estima que fueron ejecutadas cien personas. «La historia redondea los esqueletos por decenas», escribió Wislawa Szymborska, nadie conoce el número exacto. Los antropólogos forenses excavan con resolución, los voluntarios mueven la tierra sin mediar palabra. Todos obedecen las indicaciones de Almudena García-Rubio, directora de la excavación. «¡Aquí!», señala la aparición de un nuevo cuerpo, la tensión dibujándose en su mandíbula. Los funcionarios registran el hallazgo, los dientes de los curiosos emiten crujidos de impaciencia, algunas ancianas se acarician los párpados: ¿Será mi padre? ¿Será mi abuelo? ¿Será mi hermano?

Como si el sol se arrebolase de vergüenza, en ese instante una nube oscurece el cielo. El camposanto parece cubierto por un polvo opaco, sin brillo. Es entonces cuando ocurre. Igual que un gañido quejumbroso, se extiende un murmullo. Los huesos comienzan a murmurar. Al principio es sólo un sonido lejano, una sirena remota, pero pronto el tremor de su voz crece como el eco de una campana en una habitación oscura. Los huesos necesitan decir cosas. Los huesos necesitan contar historias de huesos.

—Visité a mi hermano preso y se me llevaron a mí —el primero en hablar es un cráneo con un orificio de bala—. No hice nada, yo sólo era familiar de un republicano. Fui a la cárcel a llevarle comida, mi hermano pasaba mucha hambre. Pero una patrulla se me llevó y me trajeron aquí. Intenté explicarles que yo no había hecho nada, que únicamente estaba de visita. Mi delito fue ser familiar de un preso, acercarle pan. Me fusilaron esa misma noche.

Algunos han escuchado el testimonio con estalactitas fósiles en los ojos, con diamantes puros de impotencia. Una vez más una confrontación del pasado trae una tristeza presente. Del mismo modo que músicos sustrayéndose del ruido del tráfico, todos enfocan su atención hacia las madrigueras siniestras para escuchar lo que los huesos tienen que decir. Para escuchar aquello que los huesos no pueden callar más.

—Yo era maestro de escuela, también me fusilaron aquí —la voz de otro esqueleto se alza somnolienta—. Lo hicieron delante de mi esposa embarazada de mi único hijo. La sacaron de la cama de madrugada para que viese cómo me mataban. Obligaron a mi esposa a no apartar la vista. «Observa, zorra. ¡Mira cómo matamos a un rojo!», sujetaron su cabeza entre dos. Entonces, me dispararon.

Es difícil soportar lo que los huesos tienen que decir, las sinuosas historias que rescata del olvido la tierra removida. El silencio amortiguado de los huesos se ha roto y lo despiadado de sus asesinatos nos llena de incomodidad. Su voz nos desagrada. Pero abrir fosas es cerrar heridas, la alternativa supone un mutismo cómplice. Un remedo de paz.

—Me dirijo a vosotros como líder de UGT en San Sebastián de los Reyes —expone sobre la tierra otro montón de huesos—. Cuentan que me fusilaron, pero todo el pueblo conoce la verdad. No fue así, me quemaron vivo. Los falangistas me ataron a un camión y me rociaron con gasolina. Luego me prendieron fuego. Pasearon mi cadáver llameante durante horas. No dejaron de reír en ningún momento.

Las historias que traen los huesos arrojan un reflejo distorsionado de nosotros mismos, una figura imposible de descifrar tras el cristal de esmeril. ¿De verdad estos campos presenciaron aquella crueldad?, parecen decir. ¿Cómo pudimos olvidarlo? ¿De qué manera pudimos seguir viviendo como si nada? Los huesos elevan preguntas grabadas a buril en nuestra indolencia.

—Me mataron el 13 de julio—es el turno de palabra de unos huesos de mujer—. Me mataron por ser la mujer de un socialista. A mi muerte dejé dos hijos, de siete y cinco años. Sólo me mataron para darle una lección a mi marido, de forma vehicular, para generarle dolor a través de mí. «Muerto el perro, acabada la rabia», dijeron. Soy la única mujer fusilada en Colmenar Viejo. Soy una más.

Como un tañido tocando a muerto, la reverberación de sus palabras queda suspendida en el aire, el viento anticipando su aliento helado. Sobre el campo, bajo el crujido rielante de vértebras rotas, la niebla alza un denso velo. Cae un silencio pesado, acerbo. Pero los huesos no pueden enmudecer —¡no ahora que pueden cantar!— y continúan narrando sus historias personales. Durante horas,

mientras la tarde declina, las carcasas deshabitadas siguen exponiendo crónicas de muerte. Los huesos hablan de paseos bajo la luna, de tiros en la nuca, de patrullas de asesinos como escolopendras nocturnas.

—Frente a esta tapia fuimos fusilados —señalan dedos como sarmientos.

—Merecíamos más que una mortaja de barro —castañean las dentaduras.

—El pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla —advierten los gritos quedos de las calaveras.

Hoy la tierra es negra y roja, estrato y sangre, muerte y muerte, el sol asemejando un girasol podrido, un fugitivo sol de mantequilla. Las nubes conforman un artesonado macabro, el atardecer deslizándose de forma perezosa sobre huesos que brillan como pequeños bibelots. Los interrogantes de hierro que habitan en cada garganta obligan a constatar la evidencia: murieron por nada. Alrededor de los ojos de los presentes se dibujan sombras negras como alas de cuervo; ojos derrotados, desocupados, zozobranes.

Ojos cansados de kohl.

Sin embargo, el coloquio de huesos prosigue su letanía y todos los huesos enterrados en el país piden su turno para hablar. Desde la cuenca del Nalón hasta las cunetas del río Deba, desde Vízcar hasta los mil arrojados al pozo de Caudé, gritan su rabia las costillas, berrean su desprecio los omoplatos, lamentan la ausencia de justicia todas las tibias fracturadas. Algunos alzan las manos hacia un cielo sordomudo, otros configuran una frazada tenebrosa bajo la confusión de cuerpos. Algunos huesos insultan, desdeñan a sus torturadores, maldicen a sus ejecutores. Muchos lloran.

Y son tantos...

—Nos arrojaron vivos a una sima —llenas de dignidad interrumpen su reposo las clavículas.

—A mí me ahorcaron bajo una higuera—declara con obstinación heroica un maxilar.

—Agonía, agonía, sueño, fermento y sueño —entona el poeta las frágiles palabras que una vez escribió.

Especialmente emotivo es el momento en que interviene una voz femenina, una voz a medio hacer, casi de niña. Entre hipidos, pronuncia estas palabras:

—Me detuvieron junto a mi padre en Larraga. Vinieron a por él, de noche, un falangista y un requeté. Yo pedí acompañarle. Los fascistas me encerraron en el ayuntamiento y allí me raparon la cabeza, me hicieron tragar aceite de ricino, me

violaron. Me violaron repetidas veces. ¡Lo hicieron delante de mi padre! Luego me llevaron al bosque y me volvieron a violar. Cuando de mí no quedaban más que los restos de lo que una vez fue una persona, se deshicieron de mi cuerpo desnudo. Echaron mis restos a los perros. Mi nombre era Maravillas Lamberto y tenía catorce años.

El tiempo se ha detenido en un estado gaseoso, en una escenografía feérica y degradada, cuando la niña deja de hablar. Huérfano de perfil, el horizonte prefigura una tachadura. Nadie sabe qué decir. Nadie sabía que los huesos podían derramar tantas lágrimas. Bajo la pátina gastada de este atardecer sin edad, resulta imposible calcular el tiempo transcurrido desde que los huesos comenzaron su coloquio.

¿Un minuto? ¿Una hora? ¿Una vida? [...]

Pero la vida de los prodigios es corta y llega el momento en que los huesos han de regresar a su presencia callada. Como vilanos de dientes de león, el viento se lleva el milagro de sus voces al territorio de la inconsecuencia. Se apagan sus testimonios, se difuminan sus verbos, deben retornar los huesos al litoral ensimismado de la tierra compartida. Acontece su reino el relicario de plata del nunca, la gota amarilla de ámbar de aquello que no pudo ser. Hoy, despechados, han hurgado en la incomodidad de quienes levantaron un imperio sobre montañas de cadáveres, pero es hora de despedirse. De bajar las pestañas. De decir adiós. La luz parece filtrarse a través de una gasa cuando con susurros de suave calicó se marchan:

—Recordad —ordenan los huesos.

—No olvidéis nuestro dolor—suplican los fuegos fatuos.

—Somos parte de vosotros —se extingue su rumor desfallecido.

En ese momento, Almudena García-Rubio se seca el sudor y vuelve a dar órdenes a los miembros de la Sociedad de Ciencias Aranzadi. El trabajo no debe detenerse, las exhumaciones en Colmenar Viejo deben continuar para dar palabra a los muertos, para extraer de las fosas la injusticia de sus crímenes, para escarbar de sus gargantas la verdad de hueso que les fue negada contar. Es perentorio ahondar en la tierra y arrancar de su vientre las raíces inveteradas de nuestro pasado, tan presente. Poner labios en las bocas sin labios. Salvar las sepulturas de las arañas del olvido. Se trata de un ejercicio de memoria inaplazable; si histórica, si democrática, lo mismo da. La memoria es necesaria, y nada más.

Sonny Liston